

quitó la pajita. Inmediatamente, el Candidato Gallegos le dió una trompada al General Medina. En consecuencia, ante la admiración de los presentes, Medina, que es Ministro de Guerra, examinó varias armas hasta que escogió un revólver de 38 y disparó cinco tiros contra Gallegos, matándolo en el acto. Al morir el autor de "Pobre Negro", Lucas Manzano, olvidando su partidarismo, tomó un machete y le cortó la cabeza al General Medina. Entonces el Doctor Juan Iturbe hizo blanco en Lucas Manzano, derribándole como un símbolo al lado del novelista. De seguidas, el doctor Martín Vegas sacó un bisturí y degolló al doctor Iturbe. En medio de tantas demostraciones de auténtico republicanismo, todos estábamos verdaderamente emocionados de la convicción demostrada por aquellos representantes de la verdadera democracia. El General López Contreras, en un grupito de sus íntimos (entre los cuales me encontraba, como siempre) lamentaba en medio de su inmensa satisfacción, la prematura muerte del General Eustaquio Gómez, quien, seguramente habría dado una mayor animación a este acto. Mientras tanto, el Dr. Suárez Flamerich, recordando las controversias del Concejo, decidió aprovechar la ocasión para matar al General Mibelli y en consecuencia mató al Dr. Mejía. A todo esto, el escritor E.B.N., con un palillo en los dientes, pinchaba y saboreaba pedacitos de Medina y se quitaba el gusto con pedacitos de Gallegos. Y yo, profundamente emocionado, me aproveché de que la Democracia ya se había salvado para escaparme, porque temí que la concurrencia me obligara -- como siempre -- a recitar "El Mariscal subía la dorada escalera".

Así es como hubiera querido mi cliente que pasaran las cosas. Y creo que con esta reseña llevaré al remoto rincón de mi viejo apureño un buen trago de optimismo que mitigue sus arduas labores sabanas.

Tomado del diario "El Universal", 20 de abril de 1941.

Hermann GARMENDIA

## Punto de Partida en la Poesía de Andrés Eloy Blanco

A

El fenómeno de aducción poética - del creador hacia el recitáculo popular - como se dió en Andrés Eloy Blanco, viene a constituir un caso de excepción en la Historia de las Letras Venezolanas. En los lejanos tiempos del Romanticismo criollo, Abigaíl Lozano fué protagonista de un suceso multitudinario en cuanto a la difusión de su poesía, aunque de carácter diferente al de Andrés Eloy Blanco, dadas las condiciones de época, de temática y de diferencias temperamentales.

Otro fenómeno - o acontecimiento - de popularidad, gestionada a través del verso, se dió en Andrés Mata, bardo de poemas fáciles, de música engrudosa, menos truculentos que las composiciones de Abigaíl Lozano, cantador de dolores de dudosa autenticidad. En los tiempos de Mata estaban de moda las cóleras cívicas de Núñez de Arce, los denuestos montalvianos contra los tiranos, estallando en los barrenos de la estrofa. Pero el nimbo popular que corona el nombre del autor de "Giraluna", emana de fuentes más puras, tiene una razón de ser más profunda y no acepta comparaciones pretéritas en el sentido de la pureza y de la legitimidad.

Es corriente que los literatos escriban para los literatos, por dudar sistemáticamente de la capacidad receptiva del público en lo relativo a la captación de valores poéticos y sútiles intenciones. Así, la obra, por muy excelsa y depurada, no trasciende más allá del círcu-

lo de afines en tendencias, consiguiendo el autor la consagración en el cenáculo receptivo. Se necesita cierta predestinación zodiacal para inclinarse y recoger las espigas del alma popular como lo hizo, con júbilo y cariño, el autor de "Poda". Andrés Eloy Blanco, cuando se despojó de los énfasis, penetró en el animismo colectivo al hacer sus poemas ángulos de incidencia con algunas vivencias populares; como García Lorca en la poesía andaluza, o Alberto buscando en el idioma folklórico motivos de arte para el poema.

La resonancia exterior del lirismo de Andrés Eloy Blanco - patentizado en el éxito de librería - no emanó de lo llamado comunmente "servilismo literario" o actitud sofisticada de quien hace concesiones al gusto del público como elemento de éxito personal. El autor de "Barco de Piedra" conservó muy en alto la dignidad poética, incapaz de comprometerse en logros de naturaleza fáustica, distorciendo el concepto desinteresado del arte. Ni premeditación efectista, ni artificio en un hombre tan espontáneo, construido con los mejores materiales humanos. Un poeta de trayectoria lírica tan móvil, de sensibilidad tan dispersa, de fecundidad tan jugosa, consiguió - en la obra póstuma - una expresión de plenitud. Desde el punto de vista cronológico, ¿cuál fué el punto de partida del caudaloso poeta, derramado en anchurosos deltas?

#### Hermann GARMENDIA



*Nació en Barquisimeto en 1918. Ha cultivado la poesía, el ensayo y el periodismo. Fué redactor del diario "El Impulso", de su ciudad natal, y ha colaborado en numerosas publicaciones.*

*Fundador de la revista "Lara" y, con el inolvidable poeta Roberto Montesinos, Co-Director de "La Quincena Literaria". Garmendia lleva publicadas las obras: "Páginas" (1948), "El Tamborcillo de la Farándula" (1949) y "Estampas de Humor Criollo" (1952).*

#### B

El libro de Andrés Eloy Blanco, necesario para obtener una noción del poeta en sus albores, tendrá que ser "Tierras que me oyeron" (1929), abierto con aquel soneto - a manera de prólogo - del angustiado y trascendente Luis Enrique Mármol:

Era la noche tétrica, era el desierto enorme...

En el año de 1916, ¿qué temas y cuáles acentos interesaban a Andrés Eloy Blanco?, ¿qué valores estéticos pueden destacarse de aquellas páginas primigenias, escritas en pleno somatismo adolescente? Los poemas contenidos en "Tierras que me oyeron" cavan en diferentes temas, opuestos en sus esencias, como lo epopéyico y lo sentimental, la anécdota amorosa y el arranque cívico, el tema hispánico y lo galante o madrigalesco. Temática tan heteróclita viene circuida de un clima de hipérboles, de evocaciones bíblicas, dentro de los moldes tradicionales del verso. Emite la nota tropical si tal referencia de ubicación geográfica se identifica con lo abundante y sonoro en el lenguaje.

Pero en "Tierras que me oyeron", dentro del contenido variado y la fecundidad a lo José Santos Chocano, se observa - como valor notable - la unidad de estilo, la vivacidad del lenguaje poético dibujador del perfil de una personalidad literaria, copiosa, irradiante, llena de música acentual. El autor, moviéndose con subordinación al Modernismo, adquiere una individuación lírica muy distinta a sus más inmediatos antecesores: distinto a Rufino Blanco-Fombona, a Andrés Mata, a Víctor Ricamonde, a Juan Santaella. Lejos de apatecer como un poeta adocenado, destaca coeficiente de individuación y, aún, notándose en su obra los influjos rubenianos, sedimentos de Amado Nervo y resonancias de Herrera y Reissig, los cincuenta y un poemas integradores del volumen son tan ebullentes de imaginación, tan sorprendivas y originales las metáforas, que para la fecha le conquistaron renombre y buenos augurios en relación con el porvenir lírico que le esperaba.

#### C

En "Evocación Fraternal" - poema que abre el libro aludido -

surge la calcomanía familiar dentro de una música acentual rubeniana:

Ven: aquí mis manos te esperan unidas,  
para que recemos juntos la oración  
por nuestras doradas visiones dormidas  
bajo nuestros sueños de ensueño y acción.

El poema de más aliento de "Tierras que me oyeron" se titula "Canto a la Espiga y el Arado", premiado en Juegos Florales, en Caracas. Se trata de un largo y ambicioso trabajo de imaginación, a manera de un gran mural. Surge la impresión de que el poeta quisiera hacer gala de su capacidad creadora, de sus grandes carburantes líricos: alarde de joven aguilucho, probando la autonomía de su vuelo, esta vez frente a un Jurado provisto de laureles. El poema tiene trama argumental. El poeta intenta hacer una biografía de la espiga, desde los tiempos edénicos y primordiales de la Biblia, hasta la epopeya de los Libertadores, con sus paréntesis de erudición hispánica y cierto panteísmo espinoziano. Tal el croquis del poema en su concepción interna.

Andrés Eloy Blanco desarrolla el argumento sin digresiones, sosteniendo tónica de dignidad lírica en las diversas estancias en las cuales está dividido el largo metraje del poema: "La Emoción del Sol", "La Emoción del Campo", "La Espiga y el Arado", "La Conquista", "Los Libertadores", "Pax", "Amor" y "La Voz de Dios".

En la primera estancia, el autor se angustia ante la noche y quiere - en consecuencia - la alegría vital del Sol, sintiéndose disgregado en disímiles impulsos y en disposición biológica para entonar un "cántico salvaje". Para tales efectos invoca la Primavera - en su condición de plenitud de la vida vegetal - llama al Amor y a la Poesía, entidades que lo atraen - en graduales deslizamientos - a la "pasión del día".

Cuando yo no tenía ni la turbia caricia  
de un lucero...

Siempre basado en postulados selváticos, se compara el poeta con el jaguar que:

En la sombría selva  
sacude su vigor primero,  
cuando su virgen osadía,  
no se ha clavado todavía  
en la carne del niño ni en la piel del cordero.

En "La Emoción del Campo", el poeta aparece en la porosa campiña, completamente identificado, por la vía emocional, con lo circundante, en vinculaciones panteístas:

Ya me fundió tu cielo  
- color de meridiana sensualidad que llora.

Y luego, describiendo el exterior, con un sentido paisajista a lo Lazo Martí:

El fuego meridiano  
ruboriza la paz de los maizales.

Y, en breve digresión, el poeta se encuentra en:

La misma sensación callada  
que orientaba mis pasos infantiles  
hacia la placidez de la vacada  
bajo la suavidad de los abriles.

Para verse envuelto telúricamente en:

Una frescura viviente que mitiga  
mi ardor encadenado,  
y hunde mi ser en la emoción amiga  
mientras cantan los oros del sembrado  
como se hinchó la tierra en una espiga  
tras el mordisco del arado.

La parte comentada del poema "Canto a la Espiga y el Arado" corresponde a la "Invocación" de las antiguas odas, pero expresada en forma distinta a la rutinaria en el género. Luego - después del introito - entrará en el desarrollo de la trama argumental. El poeta tiene suspendida la mirada - vógil - en la altura y desde allí:

Mi visión exploradora relumbró sobre la hondura  
y en alada trayectoria  
se agitaron en la historia  
los penachos florecidos de la espiga que madura.

La técnica del poema, como puede apreciarse, estriba en asociar la espiga a una serie de incidentes, simbólicos o históricos, desde el ambiente paradisiaco cuando:

Apuntaron las primeras albas  
del Edén riente  
con la rubia castidad de sus praderas  
donde tienen las espigas un temblor convaleciente.

Vendrá después la alusión a Moisés "con su olor de mandamientos" y una suerte de apología del trigal porque:

Nunca fueron más santas y nunca más propicias  
que cuando las espigas vertieron las delicias  
en la excelencia de luz del Tabernáculo.

El poema desemboca en el hallazgo americanista con el suceso de las tres carabelas del Descubrimiento para terminar con el hispanismo:

Madre Isabel de todos los dolores  
es la Santa María - Virgen de las Españas -  
que llega hasta nosotros con Dios en las entrañas  
es el milagro lleno de trinos  
el viento de Belén entre las frondas.

En la estancia titulada "La Conquista", a propósito de las semillas de las primeras espigas:

Corrieron por el Trópico dolores maternos.

Y luego, suscita el poeta la visión de autoctonía en el aborigen:

Sangre de rebeldías  
fecunda mis llanuras en tristes episodios  
y el pan de los milagros para la tierra mía  
tiene sabor de carne, tiene sabor de odios.

Siguiendo las secuencias históricas, suscitadas por el tema focal, florece el tono patriótico, epopéyico, en torno de la espiga:

Miradlos hajo el Sol sobre las lomas  
el blanco Mariscal de las Palomas  
y el agudo Simón de las Espadas.

"Pax", "Amor" y "La Voz de Dios" constituyen las etapas finales del poema:

Yo he soñado mi Patria en la aureola  
de un inmenso trigal aprisionada,  
meciéndose infantil junto a la ola  
y encanecida al beso de la Sierra Nevada.

Podemos valorar en "Tierras que me oyeron" el signo de la originalidad, toda vez que el tono nativista y pastoril, lejos de buscar los atuendos vestimentales del lugar común - eludiendo al sabor de las Eglogas garcilacianas - busca el poeta distintas direcciones especulativas, novedosas para el momento. Podría objetársele al volumen, en cuanto al contenido general, un recargo de erudición, sin embargo, apartando lo declamatorio, los poemas de "Tierras que me oyeron", exhiben valores de creación que le imprimen señoría de obra artística a buena parte del poemario.

Barquisimeto, 1959.